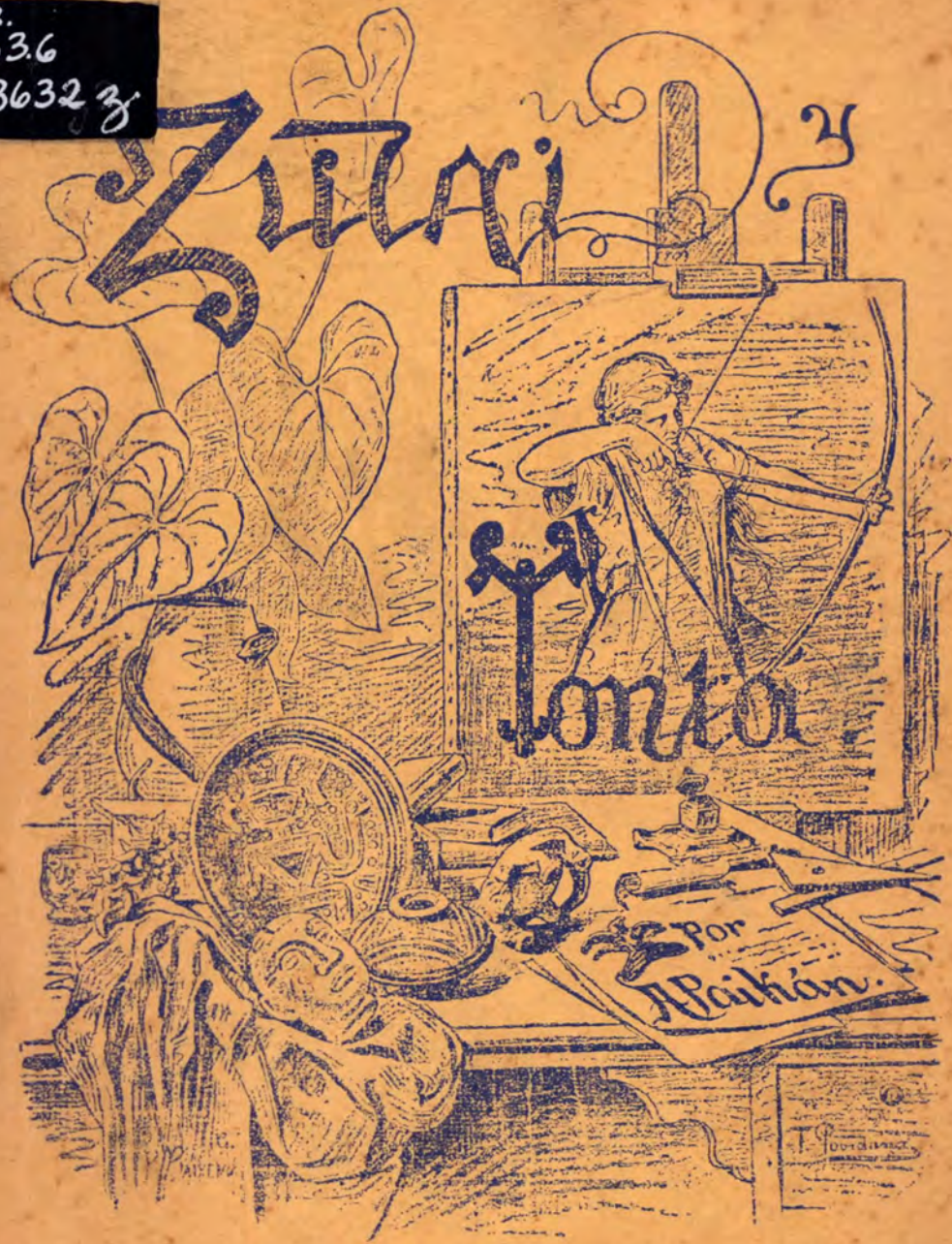


144

u

E.R.
863.6
F3632 3



EDITORIAL: IMPRENTA NACIONAL - SAN JOSE, C. R.

APAIKAN

ZULAI

3ª EDICION

REVISADA POR SU AUTORA

SAN JOSE, C. R.
IMPRENTA NACIONAL
1945



Doña María Fernández de Tinoco
(APAIKAN)

*Dedico estas páginas
a la memoria de mi padre,
Mauro Fernández Acuña
y de mi madre,
Ada Le Capellain de Fernández*

Estas palabras... Estas palabras...

A doña María le ha nacido pedirme este prólogo; nada nuevo, notas sueltas, algunas palabras. Hay que complacerla; se trata de la estimada escritora que ella en sí es, de **Apaikán**, y de una hija de nuestro gran don Mauro Fernández, de grata memoria. A Don Mauro, precisamente, dedica la autora su libro.

Esta es la tercera edición de **Zulai**, por Apaikán. La segunda se hizo en 1919. Tres ediciones de un libro, ya lo acreditan. Se trata, pues, de una obra ya conocida.

Zulai es un relato simbólico interesante. Bien leído, comprendido, alcanza dimensiones espirituales; se proyecta.

La autora saborea la sabiduría del indio costarricense y del indio americano en sus relaciones con antiguas culturas («la voz de los siglos».)

Doña María estudia en los museos, en el Nacional y en los extranjeros; recoge datos, imagina, interpreta, crea, busca relaciones misteriosas entre las cosas; a veces las halla o las descubre en sueños. Trabaja con los sueños, dibuja lo que en sue-

ños ve, para comprenderlo más tarde, a solas. Sus mapas guían, enseñan.

Trabaja, pues, con los ojos muy abiertos y en sueños. Es visionaria. Es un espíritu muy adelantado. Trabaja por inspiración y estudio. Le interesa lo mágico. Cree en la tradición como magia. Sabe de las matemáticas y de la geometría mágicas. Sabe de teogonías indo-americanas. Doña María posee el don de maravillarse; por eso, le salen ciertos conocimientos.

Conoce bien el sentido religioso de los artistas indígenas—dibujantes y escultores—. Conoce el fondo de los ritos. Cree que los artistas creadores se hallan más cerca de Dios.

Entiende lo que las piedras con alma le sugieren. Busca en las piedras historiadas el talento, la sabiduría de los artistas indígenas.

Y también deja escritas sentencias propias; hay que meditarlas. ¿Qué quiere decir cuando dice, por ejemplo: «... y Dorien trocó su Jefe por otro cuya insignia era un águila, ave de alto vuelo, pero que ocultaba entre sus plumas rubias, encendidas, las garras de ave de rapiña»?

La lección de **Apaikán**, la lección de **Zulai**; hay que sacarla.

En el saber de creación de la autora:

Ivdo: Indio de mente pura. Vida que Makdú (Espíritu de la Ignorancia) quiere. Es hijo de Yontá. Ivdo, el indo, de la raza inda.

Yontá: Cuna de la raza futura.

Zulai: Alma indígena de la tribu del hoy territorio de Costa Rica. Ivdo unido a Zulai.

Mamita Guaré: Raza Maya.

Kaurki: Cacique cruel (la raza del Norte.)

Kirabéi: España.

(Un saber que también es de salvación. . .)

Leyendo **Zulai** duele ignorar la toponimia indígena. Señalamos en **Zulai** situaciones, diálogos. Hay ternura, sentido del paisaje. Hay pasión en el relato; se lee con gusto. Se mueve en los mundos del misterio. ¿Se han fijado en el sentido cósmico de **Zulai**? Preocupada, la autora, de lo nuestro. Que se lea más, deveras, a **Zulai**. Démosle las gracias a Doña María porque lo escribió.

Invitamos, pues, a leer o releer **Zulai**. Que lo lean y comprendan en escuelas y colegios, de niñas sobre todo. Hay que rehabilitar a nuestro indio. En la firme realidad de su cultura autóctona, propia, el indio de América descubre su noble estatura. Que no sea más el tipo pintoresco o salvaje de las dramatizaciones escolares. Hay que estudiarlo, ponerlo a andar, no ridiculizarlo ni degradarlo.

Con inspiración y estudio, cuentos, narraciones, leyendas, mitos, poemas que descubran al indio. ¿Y por qué no idealizarlo? Lo llevamos en la sangre.

Es un pecado contra el Espíritu nuestra deslealtad con el indio, por ignorancia, por prejuicios. Si se le desestima, su desestimación podría llegar a crear un complejo peligroso en el alma de los mestizos. Conocerlo, comprenderlo, estimarlo en lo

mucho que vale, realzarlo en **ellos** y en **nosotros**, superarlo.

Considérese el Epílogo. ¿Se ha leído bien a Apaikán? ¿Se ha meditado **Zulai**? Es literatura simbólica de Costa Rica, y lección de Costa Rica que se hace de América.

Yontá es otro relato simbólico, prólogo y complemento de **Zulai**.

Simbólicos los amores de Lispo y Yontá. Ambos son la cuna de una raza futura. Lean nuestras mujeres esta narración y que los símbolos trabajen.

Doña María es autora inspirada. Se siente trasmisora de pensamientos más altos. Se mueve en los mundos del misterio. Habla a la manera antigua, por imágenes (alegorías.)

Página fina: **Idilio de Plantas**.

De las ilustraciones de don Tomás Povedano nada hemos dicho. Es un silencio que explica, que aplaude.

J. García Monge

Costa Rica, octubre del 45.

Prólogo a la Tercera Edición

PRIMERA EDICION: AÑO 1909

TALLERES DE ALSINA

—

SAN JOSE, COSTA RICA

Cuando en el año 1907 fué concebida esta leyenda indígena, allá en nuestra heredad de Hacienda María, Cantón de Juan Viñas, jamás adiviné que saldría a la luz pública.

En un manuscrito la tenía muy resguardada. Y solamente la leíamos en el seno de la familia, en las noches tibias cuando la brisa nos traía hálitos de montaña o aromas de café en flor: estos últimos evocaban en mi ánimo el amor y asiduo trabajar de mi compañero y los primeros me llenaban de añoranza por la selva, la oscura selva al pie de los altos picachos del Zurkí, que cuando niña recorría con mis hermanos y primas en busca de «parásitas» para mi madre, allá, en la otra heredad paterna de La Palma. . .

Pero nada hay oculto bajo el sol.

Después del sueño maravilloso que sacó a luz el Epílogo, no tuve más remedio que acatar la instancia de una serie de eventos agradables y singu-

lares e impulsé a Zulai y Yontá en su primer paso hacia el escenario de la publicación. La Revista Virya le dió primera acogida por entregas y después, no fué vano este acto de presentación: mil ejemplares lucieron sus galas en carátula color de oro sobre nuestras mesas y escritorios; y digo lucieron, porque la firma significativa de arte del Maestro Povedano dió realce con ilustraciones bellísimas a mi modesto ensayo.

Como no fué intención mía al escribir amontonar tomos en los escaparates de venta, sino colmar un anhelo ferviente de mi espíritu, toda la edición se obsequió en honor de familia, amigos y extraños. Al cabo de tres años se agotó la edición. Apenas alguno que otro libro pude guardar; pero la crítica menudeó y trató favorablemente mis heroínas. ¿Había llenado el libro su propósito? ¿El Epílogo había sido comprendido en su sentido íntimo? Porque he de repetirlo en estas frases: su relato es de prístina verdad. El factor primordial de la inspiración fué lo oculto, lo esotérico, lo ideal.

SEGUNDA EDICION: AÑO 1919

TALLERES DE ALSINA — SAN JOSE, COSTA RICA

Repetimos la edición. El formato fué idéntico, solamente siento que algunas frases vernaculares, por seguir indicaciones, fueran suprimidas: parecíame útil y benéfico para el indio nuestro, que su idioma fuera siendo asunto conocido por el gran

público, para encauzar ideales y lograr más acercamiento educacional.

Agregué algunos cuentos, uno de los cuales, «Idilio de Plantas», fué recibido, como poema en prosa, en Ateneo, una noche cuando Zelmira Segreda con su voz de cristal y entre bastidores, armonizó en melopea las frases que una alumna del Colegio Superior de Señoritas repetía.

Mil ejemplares también tuvo esta nueva edición y siguiendo mis impulsos de diez años atrás, no quise lucrar con ella: la obsequié a la Gota de Leche, en beneficio de los niños menesterosos de esa Institución.

No me fué dado oír comentarios, porque con un gran dolor en el alma, partimos a Europa en ese mismo año 1919.

TERCERA EDICION: AÑO 1946

TALLERES DE LA IMPRENTA NACIONAL — SAN JOSE, C. R.

Veintiséis años han pasado. El recuerdo de este período en la existencia normal de un ser humano, en pleno goce de sus facultades, es ya motivo suficiente para escribir un libro.

En cuanto a mí, en esos cinco lustros y un año, repitieron continuamente Zulai y Yontá su eco de añoranza. Y ni los viajes, ni los encantos hogareños, ni el atractivo de centros intelectuales y de arte en las metrópolis de Europa, alejaron de mi memoria, como mágica obsesión, aquel libro!

Mas cuando llegó la hora de las dificultades y de las luchas, y sobrevino el dolor intenso que me produjo el viaje hacia lo eterno de mi amado compañero, me creí desamparada en la ciudad Luz sin saber qué camino tomar.

Pero era de Dios que un tranquilo remanso me esperaba, más allá, entre las nieves de Noruega. Afecto fraternal, confort y la belleza novedosa de aquel país hospitalario, se conjuraron para acogermeme y por tres años tuve consuelo y protección familiar.

Después, la presión de las circunstancias me hizo volver a Costa Rica.

El caudal de cariño y de estima no se había agotado y se me ofrendó a manos llenas, volviéndome a sentir halagada por familiares y amistades.

Acepté un cargo de arqueología e historia en nuestro Museo y allá permanecí seis años, ocurriendo durante las vacaciones viajes de gran valor a los que fui invitada por amigas, para visitar Panamá, Chile, Cuba, los Estados Unidos, México, y últimamente Brasil, en donde me quedé cuatro meses al lado de mi única hermana, en Río de Janeiro, esbozando con el conocimiento de estos nuevos países para mí, un estudio originado en el mismo Epílogo de **Zulai**, sobre parentesco y analogía entre los indios todos de América, desde Alaska hasta las Tierras del Fuego.

Luego en este mismo año de 1945, en mi reciente viaje a las ruinas de Copantl en Honduras, invitada para acompañar a mi amiga la muy distin-

guida Primera Dama de Costa Rica, doña Etelvina de Picado, en su misión de buena voluntad, pude convencerme «in sito» de la importancia milenaria de aquel centro antiquísimo de Cultura Maya, cuyos restos monumentales me transportaron al Lejano Oriente. Comprendí ahora mejor que antaño que un átomo de eterna verdad se había volcado sobre mi cerebro para trasmitirlo, cuando escribí: «... América, mal llamada Nuevo Continente, pues por sus ruinas como las de Copantl. . . es hermana de Egipto y de la India. . .» Mis agradecimientos cumplidos por esta fina invitación, así como por las facilidades generosas del Señor Presidente de la República, Lic. don Teodoro Picado.

Había llegado el momento de realizar mi empeño de hacer una tercera impresión de **Zulai y Yontá**, y me acogí a la ley que protegí al autor nacional. Un «Sésamo ábrete» ha sido mi premio. Por la cortesía del señor Secretario de Gobernación obtuve de la Biblioteca Nacional el único ejemplar de mi libro que poseía esa Institución. Tuve la aprobación entusiasta del Sr. Secretario de Educación Pública y entregué al buen cuidado y caballerosidad del Sr. Director de la Imprenta Nacional mi primer ensayo literario y otros trabajos que espero sean de interés patrio. En el señor don Manuel Montero A., Jefe Técnico de la Imprenta, he encontrado gran eficiencia y muy buenos consejos en lo concerniente al orden y formato del libro. A todas estas personas que han hecho posible la realización de mi plan, tributo mis agradecimientos

sinceros; y no quiero olvidar a mi amigo estimado don José Monturiol, quien antaño, cuando **la primera edición de Zulai**, se tomó tanto interés, ni la cordial acogida que la Revista Virya, en aquel mismo tiempo, hizo a mis leyendas.

Ninguna reforma radical he hecho en esta edición. Solamente he ampliado algunos conceptos como fruto natural de meditación, durante largos años.

Al Maestro Insigne don Tomás Povedano, desaparecido ya, tuve el agrado de agradecer mucho su cooperación artística, la que ahora repito con respeto a su memoria.

Un saludo muy cariñoso a todas las «Zulai» y las «Yontá» que forman ya legión en Costa Rica y fuera de ella, pues por llevar esos nombres han contribuido a hacer inmortales esas leyendas indígenas, inspiración que fueron de mi YO interno.

Quiero ofrecer al Maestro respetado don Joaquín García Monge mi testimonio de gratitud por haber accedido a prologar con «Estas Palabras...» el libro que ofrezco al gran público. Muy generoso ha sido en la interpretación de los conceptos emitidos por mí en el discurrir del libro; y en cuanto a la alusión que hace a las sentencias propias que dejé escritas en **Zulai**, don Joaquín me brinda una oportunidad singular interesantísima para poder dar aquí mismo, en este final, una explicación suscita del íntimo pensamiento alegórico encarnado en aquella frase.

Hagamos introspección, escudriñemos, recordemos.

Cuánto tiempo hace que se concibió esta leyenda?

Más de un tercio de siglo, ya lo hemos dicho.

Año de 1907. Ninguna preocupación personal o política embargaba mi ánimo. El medio en que me movía era más que feliz, rodeado de tranquilidad familiar y de ambiente campestre bello: el ritmo de mi vida era la armonía.

Por lo tanto puedo asegurar que mi visión de aquel entonces fué tan exacta como fuí yo capaz de captarla: un reflejo de la Gran Obra Maestra de los Tiempos, que se copiaba como un miraje en la materia de los planos inferiores de mi cerebro.

En la raza del Norte (mongola) el águila, emblema de la magnanimidad, miraba, en aquella época, hacia las flechas afiladas que tenía asidas en sus garras, y algunas tribus vecinas sufrían menoscabo (¿Política Imperialista?). Y como todo lo que se realiza en el plano de lo real no es sino un remedo de lo que acontece en planos superiores, mi visión fué clara, no se desvió ni un ápice.

Mas ahora, un tercio de siglo después, un cambio completo y favorable ha dado lugar a grandes ventajas para todas las naciones de América. Y mi punto de vista actual, en plena vigilia, fortalecida por la energía atómica de la mente, es muy otra, y declaro, con conocimiento de causa, que la sentencia debería arreglarse como sigue:

«Y Dorien trocó su Jefe por otro cuya insignia era un águila, ave de alto vuelo, pero que ocultaba entre sus plumas rubias encendidas, las garras del ave de rapiña. Mas pudiendo luego volver por los fueros de su legítima heráldica, prefirió la rama de olivo, hacia donde se volvió la mirada penetrante del águila. Brillaron en el cielo cuarenta y ocho estrellas y por virtud de su gran Jefe, iniciado en los Misterios Cósmicos, creó un arma salvadora en la Política del Buen Vecino, levantó sus brazos muy en alto, sostuvo en ellos con amor el mundo entero. . . y pasó feliz a la otra orilla de la vida eterna.»

La Autora,

Maria Fernández de Tinoco

ZULAI

ZULAI

INTRODUCCION

ENTRE los valles de la provincia de Cartago, hay pocos tan pintorescos y feraces como el de Turrique. Bañan sus sembrados multitud de riachuelos, y atraviesa sus praderas el río Pejivalle, de azulado color. Se precipitan sus aguas de más de cincuenta metros de altura, y caen a confundirse con el Reventazón, que serpentea caudaloso al pie del valle. En la margen izquierda de este torrente hay fértiles vegas donde se producen el cacao y el arroz, y subiendo hacia el Norte, en lo alto del cerro, una llanura de muchas hectáreas que se extiende al Este, hallándose resguardada por altas montañas, donde la mano del hombre dejó su huella. Cultivos de café, de los mejores del país, reemplazan las selvas, y sólo en los manantiales permanecen algunos grupos de árboles dando sombra a las aguas. Pero todavía estos lugares ofrecen para mí un interés

mayor que el de su belleza majestuosa, porque en ellos encontré, en el año 1907, un promontorio circular, al Oeste de un cementerio indio, rodeado de ancha pared de piedras, conteniendo 15 tumbas (1), de las cuales extraje valiosa colección de antiguos y finos objetos de cerámica, con pinturas y esmalte, armas de piedra, mesas, pebeteros (2) y dos figuritas de oro. (3)

A distancia de unos trescientos pasos de dicho lugar, un mes después, dí también con una tumba solitaria (4) que estaba colocada, como casi todas las de este cementerio, de E. a O., y que por su singular contenido merece más extensa descripción.

Una vez que fué abierta esta fosa, se vió que por su cabecera era de forma circular. Las lápidas que la cubrían (grandes y muy bien unidas lajas) descansaban sobre tierra colorada fina, la cual llenaba como de un metro el hueco, y comprimía en el fondo a otra piedra muy gruesa que ocupaba la parte superior del mismo. Levantada que fué ésta, aparecieron seis cráneos humanos, y a lo largo los huesos de sus respectivos cuerpos, colocados en tal desorden que, examinándolos atentamente, adquirí el convencimiento de que sin duda las personas a quienes pertenecieron habían sido enterradas vivas, estando sujetas sus cabezas, y casi aplastadas, por la piedra gruesa del interior de la tumba. En ella

(1) Figura C del plano adjunto.

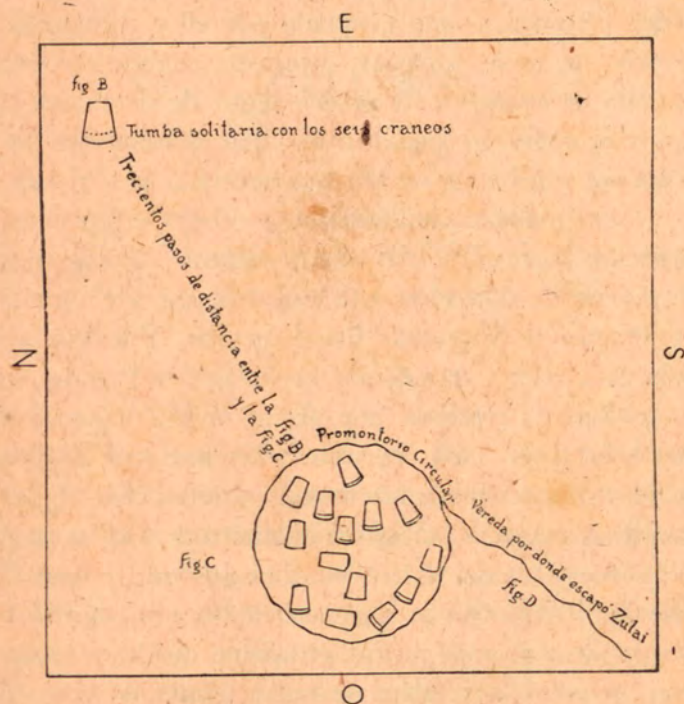
(2) Figuras 1, 2 y 3 del grabado que sigue.

(3) Figuras B y D del mismo.

(4) Figura B.



hallé además un cacharro, uno tan sólo, de barro ordinario; pero con la particularidad de tener en su fondo pintada una cruz roja (1). Los huesos ofre-



PLANO DEL CEMENTERIO INDIO

cían tan poca consistencia, que se desmoronaban al contacto del aire.

Pude extraer un cráneo más o menos completo, que conduje a mi casa, después de volver a enterrar los demás, y en ella permaneció formando parte de

(1) Figura E.

mi curiosa pequeña colección de antigüedades; pero siempre tuve recelo de conservar este despojo humano en mi poder, coincidiendo con tal estado de ánimo algunos fenómenos raros, que supondré de orden psíquico, e impresionada por ellos determiné, al cabo de unas semanas, devolver, cuando tuviera ocasión, el cráneo a su propio lugar de descanso.

Sin embargo, pasaron los días, dominé mis escrúpulos y eché en olvido tan acertada resolución.

Una mañana, hallándome contenta y sin preocupación alguna, ví claramente delante de mis ojos formarse, en dirección a la pared de mi dormitorio, un triángulo de anchas líneas negras. Fué tan vívida esta visión, que dí por hecho que se trataba de la sombra proyectada por algún objeto y acudí a buscarlo; pero nada encontré. No me fué posible darle explicación al fenómeno, y entonces, al ver que se desvanecía la figura geométrica poco a poco hasta borrarse del todo, sin saber por qué, enlacé el extraño incidente con el cráneo indio, que ya consideraba de mal agüero. Aquel mismo día le dí sepultura, y volví satisfecha de haber cumplido con tal deber y libre de malos presagios. Pero por la noche, sin antecedente que justificara tal deseo, me sentí impulsada a borrar cuartillas y más cuartillas, e inducida con vehemencia a dar forma a una serie de hechos, acaecimientos y escenas de otros días, los cuales dieron por resultado la siguiente narración india:

ZULAI

Ivdo: Indio de mente pura
Vida que *Makdú* (*) quiere.

X...

I

EN los contornos del caudaloso Tapiri, defendido del viento por escarpado risco, está situado, sobre elevada planicie, un gracioso pueblo de indios. Sus bohíos de techos de palma, paredes de cañizo, y con pequeños cultivos al frente y al lado, dan muestras de habitarlo una tribu grande y civilizada. Ancha plaza cubierta de hierba lo separa de un espacioso terreno, rodeado por tupida cerca de cañas y bejucos, en cuyo centro se levanta grande y majestuoso un rancho circular. Consta éste de siete habitaciones: la sala real que ocupa el medio, y las estancias de los lados, amplias, pero más bajas, ocupadas por mujeres, niños y servidores. Aquel

(*) Espíritu de la Ignorancia.

es el palenque de Dorien, la regia morada del Cacique Kaurki, el indio en cuyas manos está el gobierno y la suerte del antiquísimo pueblo precolombino de cuyas costumbres nos vamos a ocupar.

.....

Es medio día. La sala real ofrece una apariencia lúgubre, que contrasta con el alegre aspecto de las afueras del Palenque. Un grupo de indios de ambos sexos rodea el lecho donde yace inmóvil su Cacique. Acaba de ser trasladado del bosque, convulso, desmayado y con síntomas mortales.

Atada a un leño, cerca de una hamaca, una víbora con la cabeza aplastada, mueve aún sus escamosos anillos. Bancos de piedra labrada aparecen por doquiera, y arcos y flechas se acumulan en los oscuros rincones.

Todo es allí confusión: una vieja hechicera, enjuta, de ojos penetrantes, lucha por hacer beber al enfermo una tisana de la yerba *lengua de víbora*, que él no puede ya tragar. Los curanderos le han aplicado ya todos sus remedios: evocando buenos espíritus soplaron sobre su rostro el aliento de la salud, pero nada calma su estado. Gran consternación se nota en aquellos bronceados semblantes: tenían cariño a su Jefe. Cruel e implacable en sus castigos, pero un valiente que jamás les había abandonado. En sus guerras con los corobicíes marchaba a la cabeza de su tribu, y en tiempo de paz era amigo de las fiestas, y sobre todo de la chicha, dejándolos beber, sin obligarlos al trabajo como sus

antiguos Caciques. En aquel mismo instante, ¿no corría por sus venas el fuego del licor?

Sí. Todo el pueblo había apurado aquel día muchas jícaras, y esperaba consumir muchas más, pues al amanecer, Kaurki se había desposado por quinta vez, y todo era fiesta en Dorien. De orden real, durante tres días, nadie sería fustigado, y los cántaros de la efervescente bebida se vaciaban como por obra de encanto. Pero al correr de unas pocas horas, la escena había variado totalmente.

Una bocaracá—de las que se arrastran en las secas hojas de las palmeras—le mordió la mañana de su boda, antes de saber si su cuarta mujer, Zulai, la niña encantadora, era más obediente o sumisa que las otras. Y él yacía exánime.

Los vasallos se lamentaban en voz alta al pie del lecho real, y sus manifestaciones de tristeza iban a confundirse, en un sordo murmullo, con el estertor del moribundo.

La confusión llegaba a su colmo cuando de pronto, en aquellos críticos momentos de fatal expectación, sonó un aullido largo, estridente, que llamó la atención del grupo: un sacerdote se abre campo entre la multitud y se acerca al enfermo. Trae en la mano una copa de arcilla llena de sagrado unguento, con el que le hace pases cabalísticos sobre su rostro, coloca a su lado incensarios humeantes y olorosos, le pone en la cabeza un papagayo y se aleja de aquel sombrío cuadro, seguido de gran tumulto. Cumple el precepto de su religión, que ordena

déjar solo al mortal cuando agoniza, y ya nada ni nadie lo puede salvar de una muerte segura.

Sola, aterrada, con mirada de espanto, y único testigo del concluir de aquella vida, permanece al lado del lecho una joven de figura pequeña, pero de esbeltas formas. En sus ojos negros y luminosos se refleja su alma noble y pura; la nariz ligeramente arqueada; la boca, no muy chica, de labios rojos, imprime a su semblante una marcada expresión de dulzura. Cabello riquísimo, negro-azulado, corona sus sienes, y baja sobre sus hombros como manto sedoso.

No se mueve cuando, uno a uno, ve despejar la real sala a parientes y pueblo. No los sigue ni acata el rito que exige abandonar al moribundo. No: para ella lo que últimamente le acontece es tan extraordinario, que olvida el mundo exterior y reconcentra todo su ser en meditar los sucesos recién pasados. Y, mientras transcurren las horas y se extingue poco a poco la vida de aquel cacique—dueño y señor de la joven descrita—, abramos un paréntesis, y penetremos los íntimos pensamientos de Zulai.

Hélos aquí:

¡Todavía ella era feliz hacía ocho días!

Vivía con su madre, alejada del poblado, allá en un ranchito a orillas del río Coebí, donde había nacido; y no recordaba otro hogar, siendo dichosa en aquel tranquilo rincón.

Se ocupaban ambas de las faenas de la casa y de las labores del campo. Juntas fabricaban las groseras telas del mastate, tejían canastos, y en épocas de cosecha desgranaban maíz. Y sólo de tarde en tarde iban a Dorien en busca de sal y otras provisiones, que conseguían a cambio de cacao.

Cuando ella llegó a los quince años, comprendió, con esa intuición innata en la mujer delicada, que Kaurki, el Cacique, la codiciaba y prefería a las demás muchachas del valle; pero ella le aborrecía. Sentía repulsión por él, y esa emoción predominó en su ánimo desde muy niña. Le causaban horror los ojos amarillentos, los pómulos pronunciados y la cabeza achatada de aquel hombre, y temerosa de provocar la cólera soberana, optó por hacer más y más raros los viajes al pueblo. Dejaba a su madre ir sola, figurándose que así anularía las pretensiones amorosas de Kaurki.

Pasaron muchos meses en esta aparente tranquilidad y olvido, deslizándose monótonos los días, cuando una mañana Mamita Guaré (que así llamaban todos por cariño a la madre de Zulai) dispuso su periódico viaje al pueblo.

La viejecita era una mujer fuerte todavía, constante, trabajadora y abnegada en el cumplimiento del deber. Como curandera, conocía los secretos maravillosos de las yerbas medicinales, y desde los lejanos rancheríos venían en su busca toda clase de enfermos.

Su tratamiento era sencillo, y poco o nada costaba a aquellos infelices recobrar su perdida salud. Al poner en sus manos el unguento, la tisana o el manojito de plantas aromáticas, ella les aseguraba con gran energía que habían de mejorar. La voluntad de esta mujer bondadosa, llena de fe, sugería la idea de curación, y pronto sus enfermos gozaban de completo alivio. Así se popularizó su nombre, y nadie hablaba de Mamita Guaré sino con cariño.

Era de ver el jardincito de la bondadosa anciana. Hallábase limitado por una alta empalizada de cañizo, con su pequeña puerta situada frente a un patio que había delante del rancho, empalizada casi oculta por tupidas masas de fragantes reinas de la noche, las cuales, colgando de plomizos tallos, ostentaban sus hermosas, niveas flores, que miraban al suelo. Ella y Zulai cuidaban amorosamente del tesoro de plantas medicinales que allí crecían (y eran constantemente utilizadas), entre las cuales figuraban el tapate, el jaboncillo, el eneldo, el jengibre, la gavilana y el anís, la mágica verbena y la misteriosa hierba mora; árboles raros y flores y frutos no comunes, formando todo un conjunto sobre la oscura y húmeda tierra, que era el encanto de los sentidos.

Guaré, viendo corretear a Zulai por aquel rincón encantado, creyó que ésta era la más graciosa de sus flores y no descuidó su cultivo. Empezó por inspirarle el sentimiento de la obediencia, labor fácil, dado su carácter suave. Pero aquella mañana,

cuando su madre la instó a ir a Dorien, se rebeló a acompañarla, y no titubeó en confiarle el horror que tenía al Cacique, y lo imposible de dominar sus presentimientos.

La madre, sorprendida de oírla siquiera replicar a su mandato, vaciló un momento si la forzaba a obedecer, o la dejaba seguir su impulso; pero fijó su mirada en Zulai, adivinó el temor de la niña, y sin chistar, tomó su desayuno, hizo de él un fardo que ató a un cinturón de cuero, lo colgó a su cabeza, y, con una frase de despedida, salió camino abajo trotando, sin mirar hacia atrás.

Zulai no tuvo miedo de quedarse sin ella, porque tenía a su lado a Hianté, la buena amiga. Era ésta una india joven, inteligente y de facciones bellas, entendida en el arte de hilar y tejer hamacas, y cuya voz dulce y armoniosa era el encanto de cuantos la escuchaban. Solía venir a menudo desde los extensos dominios de sus padres, vecinos al Coebí, y gustaba pasar los días en la cabaña de Guaré. Su mirada era triste. Cuando niña, a consecuencia de un juego peligroso en las orillas del mar, tuvo un accidente que la dejó deforme: era gibada; y si bien este defecto nunca le impidió trabajar, de vez en cuando se afligía, hallando lenitivo a su dolor en el cariño y consuelo de su predilecto hermano Yurán.

Se ocuparon, pues, las amigas del arreglo del rancho y empezaron pronto sus tareas.

Dieron de comer a los pájaros y las palomas, regaron las guarías que crecían frondosas en viejos

truncos de cedro, cuyas flores delicadas embalsamaban el aire con su perfume; luego se ocuparon del aseo de su choza, de cocinar y moler.

A la tarde, cuando el sol caía, se asomaron a la puerta para contemplar el celaje. Como había entrado el verano, el campo respiraba alegría, y las bandadas de pajarillos revoloteaban bulliciosos en las milpas vecinas. Desde allí divisaban, en las vegas del río, los yucales y cacaotales que ondulaban con la brisa, y la selva umbría, más allá del Coebí.

Pensando en que había que madrugar mucho para desherbar el jardincito de Guaré, se recogieron temprano, y una visión de flores, aromas y verdura arrulló el sueño de Zulai aquella noche.

En vano esperó a su madre al siguiente día.

Así transcurrieron dos más sin verla llegar, hasta que a la tarde del tercero, afligida por la tardanza y los malos presentimientos, resolvió salir en su busca.

Dejó a su amiga encargada del rancho, y llena de fe en que cumplía con su deber, salió ligera del Coebí. Bajó la cuestecita y atravesó el río antes de caer la noche.

Penetró en la selva sin temor alguno: conocía tan bien todos aquellos caminos que no temía extraviarse. ¡Llevaba el pensamiento fijo en su madre, y corría con ese trotecito peculiar de su raza!

La noche se acercaba. En el bosque se confundían las sombras de los árboles con la estrecha vereda, y Zulai no paraba. Sus ojos llevaban luz, sus

pies no daban con estorbo alguno: se guiaba con seguridad. Recorrió presurosa, sin darse cuenta, la extensa selva de Arié; atravesó riachuelos, pendientes y llanuras, cuando de pronto se sintió tan fatigada que detuvo su marcha. Se sentó en una piedra que dividía el camino, y miró a su alrededor. La luna asomaba apenas entre nubes plumizas; pero su pálida luz orientó a la niña. Tenía una sed abrasadora, y se convenció de que en aquel sitio no encontraría agua; había pasado los riachuelos, los arroyos del terreno quebrado, y la única a mano, era la malsana de las ciénegas en donde vivían los maléficos espíritus que producían la fiebre.

Palmo a palmo conocía aquellos lugares, y recordó que a pocos pasos de allí, tomando el opuesto camino de Dorien, en una hondonada, nacía una fuente de agua deliciosa. La vereda era muy poco transitada; pero ¿qué le importaba si al fin sus labios se mojarían en el fresco líquido? Se volvió y buscó el paraje. Abriéndose paso entre bejucos y charrales bajó precipitadamente. Quitaba la maleza que se interponía, y ya iba a llegar, cuando le pareció oír ruido extraño. Se detuvo a escuchar; distinguió una voz humana y el pataleo de animales en el agua. ¿Quién podría ser? Pero no retrocedió. Siguió muy despacio hasta llegar cerca de la fuente. Allí se ensanchaba la vereda, y Zulai, ocultándose en la sombra, miró hacia adelante, donde la luna iluminaba un cuadro encantador: un grupo de ciervos bebían ávidos, y a su lado, en actitud de espera, se

destacaba la figura airosa y varonil de un indio alto, envuelto en una piel de tigre. Zulai, impresionada, se llevó las manos al pecho para contener la emoción de que se sintió poseída, y quedó por largo rato extasiada.

Un ruido en la hojarasca llamó la atención del mozo, e instintivamente llevó su mano al arco y flecha, gritando con voz enérgica, pero agradable:

—¿Quién va?

La niña no tuvo miedo: dió un paso hacia la luz y contestó:

—Soy yo, Zulai, y tengo sed.

A la vista de la joven india, y asombrado por tan bella aparición, el mozo la contempla con arrobamiento, y luego, como quien escudriña en el pasado y desea acertar en su reminiscencia, se acerca y con acento trémulo le dice:

—¿Eres tú, Zulai, la hija de Guaré, la niña del otro lado del río Coebí?

Y tomándole una mano la atrae donde la luz da de lleno en su cara.

—¿No me recuerdas? ¿Qué haces aquí, sola, y en este peligroso lugar?

Ella le miró y guardó silencio. En alas de la memoria recorría su niñez, en la cual, mezclado en todos sus juegos, figuraba un compañerito más grande que ella, pero que la quería y mimaba, y comparándolo, se parecía mucho a este mozo. De pronto... una luz vivísima iluminó su faz y sonrió bondadosamente.

¡Sí, sí, ya se acordaba! Como un dulce sueño que ha tiempo pasó, revivieron en su mente las escenas de otros días, y con franca alegría entró en conversación con su viejo amigo, con Ivdo, el muchacho aventurero que había desaparecido de Dorien hacía tanto tiempo! Le habló del rancho, de su jardín, de su madre, confiándole sus tristezas y el objeto de su viaje.

—Y a ti, Ivdo, ¿por qué hace tanto tiempo que no te vemos?—Mientras ella apaga su sed, él le narra en cuatro rasgos su historia:

—Me ausenté de aquí cuando tú eras una niña. Huí lejos de Dorien y de su cruel cacique, porque él me odiaba y hacía muy tristes mis soles. Como huérfano, que desde muy niño quedé, e hijo de extraños, no tuve a nadie que mirase por mí, y sólo tu madre me quería. Los días más felices de mi juventud los pasé en el ranchito, al otro lado del Coebí. Allí encontré cariño y compartí el alimento de tu casa. Pero yo ambicionaba mucho, y, además, no quería abusar de Guaré que vivía de su trabajo. Cuando Kaurki quemó mis últimos maizales, porque envidiaba la cosecha magnífica que tenían, yo abandoné este suelo y pensé en no volver jamás. Pero aquí me tienes Zulai, y al entrar en él, te encuentro en mi camino antes de verte en tu propia choza para donde me dirigía. He luchado mucho, he recorrido tierras, solo, a veces abatido, pero triun-

fante siempre sobre mis enemigos, y ahora traigo oro, que yo mismo he cateado allá en regiones lejanas.

Concluido el relato, ascendieron la vereda y salieron al camino, continuando la marcha hacia el poblado. Ivdo la acompañaría hasta allá, quedándose en las vecindades, listó a ayudarle.

Caminando charlaban, y Zulai confiaba en este hombre franco y gallardo, contestando sinceramente a todas sus preguntas. Cuando le habló de Kaurki, ella le contó su odio a él, y las veladas pretensiones de éste. El mozo escuchaba encantado; la voz dulce de su compañera le atraía, asemejando el rumor lejano del agua que se desliza entre pedregales por la floresta. Y el tono de intenso coraje que imprimía a sus frases, cuando aludía a la culpabilidad probable de Kaurki, por la tardanza de su madre, terminaba en un desborde de apasionadas quejas, que probaban a Ivdo cómo la apacible agua podría convertirse en torrente fragoroso, si encontraba obstáculos a su paso!

.....

Los primeros tintes de la aurora iluminaron el espacio, y Zulai e Ivdo aun caminaban.

Detuvieron un momento su marcha para admirar el magnífico paisaje que se ofrecía a su vista: A Occidente se esfumaban a lo lejos, cubiertos por densos vapores azulados, los techos de paja, los conos de los ranchos de Dorien. De la sombra surgían los altos peñales, y sus sombrías palmas contras-

taban con el fondo bermellón claro del cielo. Más allá, desafiando el horizonte, el volcán de Ircó, despejado en su cima, pero cobijado por nubes violáceas en su base, mostrábase grandioso, descubriendo sus contornos de luz y sombra. Semejando esmeraldas entre la oscuridad de las selvas, los tardíos sembrados salpicaban la falda fértil de la montaña; y por último, y muy cerca de los ojos de los mudos espectadores de este bello cuadro, el Tapiri, caudaloso y grande, arrollaba, como cinta de blanca espuma, largos trechos de selva, planicie y hondonada.

La luz matinal iluminó poco a poco el panorama, haciendo renacer en el corazón de Zulai la esperanza de pronto encontrar a su querida madre.

Tuvieron que descender un estrecho *trillo*, para alcanzar la ribera y vadear el río. El agua estaba tan baja, que podrían atravesarlo sin necesidad de retroceder en busca de la hamaca.

A Zulai no le asustó un baño tan de mañanita: estaba acostumbrada a nadar, y creía haber nacido sabiendo; sin duda Guaré, siguiendo la vieja tradición, usó por nueve lunas, colgándose al cuello, un ojo de alcatraz antes de que ella viniera al mundo!

Ivdo encontró pronto el buen paso, y sin más preámbulo miró a su compañera y la alzó en sus brazos: con inmenso cuidado, como si llevara a un niño, la aprisionó en ellos, diciéndole que se sujetara bien. Zulai no resistió; se asió con firmeza y confianza a aquel hombre joven y fuerte. El entró al agua re-